

y hacerlas inútiles á la comunidad. Sin duda es éste un efecto *lento*, pero *seguro*, de la tensión continua del espíritu, de los remordimientos de conciencia, de los temores exagerados de ofender á Dios. Piérdese el apetito, piérdese el sueño, piérdese la alegría, llegando á ser la persona escrupulosa pesada carga para sí misma y para todos los demás.

III. ¿Comprendéis ahora por qué se nos recomienda tanto *el combate espiritual*?

1.º Nos lo recomienda en primer lugar Jesucristo, el cual, viendo la necesidad de este combate, nos exhorta á la lucha, *asegurando que no se dará el cielo sino al que haya gloriosamente vencido*. Nos manda *velar y orar para no sucumbir*.

Pide á los que quieren seguirle *que se renuncien á sí mismos*. Nos encarga por medio de los Apóstoles *que resistamos al demonio con energía, y que no le demos entrada en el alma; que no vivamos según la carne para que no muramos; que nos revistamos con todas las armas de Dios para defendernos de los ataques del demonio*.

2.º Nos lo recomiendan los santos, á los cuales había enseñado la experiencia que es preciso estar siempre en guardia para no ser sorprendidos, dominados, humillados, vencidos. *El alma debe dominar al cuerpo*, dice san Ligorio resumiendo la doctrina de los Padres, *de lo contrario, el cuerpo pondrá al alma bajo sus pies. Debemos tratar nuestro cuerpo como el jinete trata á un caballo fogoso, tirándole siempre de la brida para que no le arroje al*

suelo. *Luchad*, dice san Francisco de Sales; *¿para qué sirven los corazones medio muertos?*

¿Comprendéis ahora, almas consagradas á Dios, y de las cuales Dios quiere servirse de una manera especial para hacerse conocer, servir y amar, comprendéis por qué la Iglesia ha multiplicado, dentro del recinto de los sagrados muros que del mundo os separan, las precauciones que deben sustraeros á la influencia del demonio? *Alejamiento del mundo, de su sociedad, de sus placeres, de sus noticias; regla que no deja ni un momento del día ni á la ociosidad ni al capricho; abundancia de todo lo que conduce á Dios, acerca á Dios, vuelve á Dios; oraciones, Sacramentos, lecturas piadosas, exhortaciones, consejos amistosos, dirección maternal, retiros generales y particulares; conocimiento más amplio de vuestras obligaciones, que llegan á seros tanto más queridas cuanto mejor conocéis la sabiduría que encierran*.

Leed, pues, con gusto y con ánimo resuelto las páginas de este libro, que os ayudarán á conocer los asaltos del demonio, á tomar precauciones contra ellos y á rechazarlos con energía y denuedo.

CAPÍTULO II

MANERA DE COMBATIR

No os asuste la palabra *combate*, pues el combate no es para vosotras *la agitación, el tumulto, el temor continuo*, sino *la resistencia tranquila, confiada, constante*,

Además, tened por cierto que no habéis de estar *solas*, almas consagradas á Dios, almas que pertenecéis á Dios, que sois de una manera especial la propiedad de Dios: *Jesucristo, vuestro dueño, vuestro padre, vuestro esposo*; Jesucristo, con tal que seáis fieles en amarle y servirle, combatirá con vosotras y por vosotras, y Jesucristo es omnipotente, y Jesucristo sale siempre victorioso.

Se puede combatir indirectamente *tomando precauciones*; directamente, *luchando*.

ARTÍCULO PRIMERO

Precaverse.

Precaverse es tomar medidas para quitarle al enemigo los medios de que pudiera servirse, ya para llegar hasta nosotros, ya para luchar contra nosotros.

Precaverse es hacer provisión de armas para combatir al enemigo, y las armas con que podemos salir siempre victoriosos nos las indica el mismo Jesucristo: *la vigilancia y la oración*, de que hablaremos más adelante.

1.º En primer lugar, tenemos *sentidos*, que poniéndonos, por su naturaleza, en relación con los objetos exteriores, sirven de medio al demonio para hacer penetrar en nuestra alma las sollicitaciones á la desobediencia de Dios y á la rebelión contra Dios.

Empieza el demonio por impresionar nuestros sentidos de manera que pueda causarles una sensación de placer. Los sentidos comuni-

can esta sensación al alma que recibe la impresión. Esta impresión trae la reflexión. Esta reflexión acepta ó rechaza el placer; y si este placer consentido es culpable, el pecado que se comete es tanto más grave cuanto más se oponga á la ley de Dios.

De ahí la obligación *de guardar los sentidos y mortificarlos*, según la enérgica expresión cristiana, es decir, hacerles adquirir el hábito de ser como insensibles á los atractivos exteriores.

2.º Tenemos además dentro de nosotros mismos *las malas inclinaciones*, de que ya hemos hablado, y que, á consecuencia del pecado original, tienden también por su naturaleza á alejarnos de la ley de Dios, que las contraria.

Entre estas inclinaciones ó pasiones, unas nos inducen por sí mismas á desobedecer á Dios: *el odio, el orgullo, la sensualidad, la envidia*...., éstas son las que el demonio procura excitar; otras no nos inclinan por sí mismas á desobedecer á Dios, y hasta pueden ayudarnos á llegar á él, tales son: *el deseo, el gozo, la tristeza, la actividad*...., éstas son las que el demonio procura desnaturalizar y falsear para hacerlas servir á sus fines.

Ordinariamente tomamos precauciones contra las pasiones que arrastran directamente al mal; pero pensamos muy poco en precavernos contra las otras, y mucho menos en mortificarlas. Manifestaremos cómo se sirve el demonio de éstas últimas para arrastrarnos al pecado, y diremos las precauciones que es preciso tomar.

3.º También tenemos *facultades* que, poniéndonos en relación directa con Dios, nos permiten conocerle, amarle y servirle; pero como al mismo tiempo nos ponen en relación con las criaturas, corremos el riesgo de que nos aparten de nuestro fin.

Contra estas *facultades*: la memoria, la imaginación, el juicio, la voluntad, también hay que tomar precauciones.

Vamos á entrar en algunos pormenores, que consideramos útiles, sobre la manera de preverse, es decir, *de mortificar los sentidos, las pasiones, las facultades.*

I

Mortificación de los sentidos.

MORTIFICACIÓN DE LA VISTA

Por los ojos, sobre todo, penetra el demonio ó la muerte en nuestra alma. Los objetos exteriores transmitidos por la vista le causan súbitamente una emoción, la distraen, la sacan de su recogimiento; y si conserva esta emoción, poco á poco se encuentra dominada y frecuentemente seducida, haciéndose culpable. Una simple mirada dirigida á una persona ó á un grabado, puede ser origen de una fascinación, un manantial de emociones violentas y un principio de turbación para toda la vida. *Lo que no se ve no se desea*, dice san Francisco de Sales.

Cuida, pues, de ser tan modesta que, al verte el Angel de tu guarda, pueda reconocer en ti

á una de sus hermanas de la tierra. Modesta en la capilla cuando haces oración, modesta en los pasillos, modesta en el locutorio, modesta en tu celda, modesta en todas partes, porque en todas partes estás ante los ojos de Dios.

Cuanto más cierras los ojos á las cosas exteriores, tanto más unida estarás con Dios y más te acompañarán las miradas de Dios, que indudablemente te serán muy gratas y provechosas.

Miradas de *complacencia* con que honra á las almas puras y atentas á pensar en El, agradecerle y complacerle.

Miradas de *protección* con que favorece á sus esposas para unir las á El más íntimamente y preservarlas hasta de la más leve impureza.

Miradas de *ternura* que compensarán con lucro los pequeños sacrificios que exige la atención para conservar la modestia.

Miradas de *santificación*, por fin, que derraman sobre el alma gracias más abundantes, y ante las cuales apenas se atreve el demonio á presentarse.

¿No experimentas cierto sentimiento de paz al ver á una joven modesta que anda despacio con los ojos bajos? Y á ese sentimiento, ¿no le sigue casi involuntariamente otro de afecto? Tal es el sentimiento que Dios experimenta hacia ti cuando te ve modesta.

MORTIFICACIÓN DE LA LENGUA

De todos se puede decir que *hablamos demasiado*, y esta multiplicidad de palabras, además

de ser para el demonio un poderoso recurso para hacernos faltar á la caridad, á la paciencia, á la sumisión y al recogimiento, nos impide oír la palabra de Dios, ya en la oración, ya en la lectura espiritual; nos impide entenderla y, sobre todo, sentirla. No hay nada que seque el corazón; ni que tanto agote las fuerzas del alma, como la costumbre de hablar sin reserva.

No hables, pues, como lo haces casi en todas partes y á todas horas, sin pensar siquiera que no deberías hablar.

El silencio es el santuario del alma justa, adonde Dios viene á morar, como habita en el recinto de una iglesia. Preserva el alma de turbaciones é inquietudes; le da la paz; le ahorra disputas, contradicciones, turbulencias, enemistades; es, además, la columna, el apoyo, el sostén, la gloria de las casas religiosas; donde se observa, allí reinan la alegría, el fervor, la caridad.

¡Ay de la comunidad donde no se respeta el silencio! Dios no está con ella.

¡Ay de la religiosa que fácilmente quebranta este punto de la regla! Muy á pique está de comprometer su salvación.

¡Ay de la superiora que no procura con ahinco mantener el silencio! Dios le pedirá estrecha cuenta de las infracciones, que serán consecuencias de esa falta habitual.

La costumbre *de hablar*, la violación del silencio, anuncia el desorden y la indigencia del alma *en una religiosa*. Cuando Dios posee un corazón, Dios lo llena, Dios le basta, y

ese corazón, tan tranquilo como feliz, no necesita mendigar en otra parte vanos consuelos.

La violación del silencio es *para una comunidad* manantial de los mayores desórdenes, y bastaría por sí sola para arruinarla, pues ocasiona pérdida de tiempo, confidencias, murmuraciones, disgustos, rebeliones. Ofende *á la prudencia* con hablillas indiscretas; *á la modestia*, con la disipación y la liviandad; *á la obediencia*, con la inobservancia, y á veces con el desprecio formal de la regla; *á la humildad*, con quejas del amor propio; *á la caridad*, con sátiras y palabras duras y descorteses; *al fervor*, con el relajamiento y la disipación interior, que es causa de no poder recogerse en la oración; y, por fin, *al buen orden*, por el descuido en que se vive, y el mal ejemplo que arrastra á otras.

Por consiguiente, habla poco, y tu corazón será más puro, tu conciencia estará más tranquila, tu caridad será más expansiva y más generosa y cumplirás mejor con tu oficio.

Habla poco, y hallarás más fácil el examen, menos pesadas las confesiones; serán más pausados tus rezos, más deleitable tu oración; tus comuniones más fervorosas, tu felicidad en la casa más completa.

MORTIFICACIÓN DEL GUSTO

No hay que exagerar en cuanto al sentido *del gusto*. Procura tomar sencillamente los alimentos, aceptando sin reparos lo que se sirve; contentate con lo que se da á todas; dignamente lo que te hace daño ó te causa

alguna repugnancia; toma con gratitud y moderación lo que se dé fuera del alimento ordinario; no hables nunca de lo que se ha servido; modera todo antojo y concupiscencia del apetito; no tomes nada fuera de las comidas sin necesidad y sin autorización. *El que quiere aspirar á la perfección debe empezar por mortificar el gusto*, dice un santo Padre, y añade santo Tomás: *Cuando se ha vencido la glotonería, pronto se calman los demás sentidos.*

MORTIFICACIÓN DEL OLFATO

Parece que el demonio entra menos por el sentido del olfato, y es posible que así sea en una comunidad, porque las ocasiones son menos frecuentes; procuremos, sin embargo, no concederle nada por pura satisfacción. La religiosa que se deleitara en oler flores ó en tener para su uso alguno de esos perfumes que usan las mujeres del mundo, daría pruebas de tener un espíritu muy mezquino. Faltas graves, dice Bossuet, no han tenido otro origen que la fragancia de una flor aspirada con sensual deleite. No exageremos; pero cuidado con la sensualidad.

MORTIFICACIÓN DEL OÍDO

El sentido del oído tiene también sus peligros: bien lo sabe el demonio; por eso, cuando no puede introducir en los monasterios palabras sensuales, introduce en él, bajo pretextos especiosos, *melodías* que enervan, cantos que

distraen, *poesías armoniosas* que transportan el alma al bullicio del mundo, sacándola de la vida práctica y monótona de la casa.

Sed escrupulosamente fieles á las prescripciones de vuestras reglas en lo que se refiere á los cantos y á la manera de cantar; so pretexto de dar ó recibir lecciones, no introduzáis lo que está *demasiado á la moda*. Las modas no deberían pasar nunca las paredes de los monasterios.

MORTIFICACIÓN DEL TACTO

Tendremos ocasión de hablar sobre este punto más adelante, y sólo una regla daremos aquí: «*El cuidado del cuerpo ha de ser razonable y jamás sensual. La religiosa debe procurar que su alma, esa noble imagen de Dios, conserve siempre la soberanía sobre la carne; se guardará, como dice San Bernardo, de matar á la señora por no hacer daño á la esclava.*»

MORTIFICACIÓN DURANTE EL RECREO

Hay allí más libertad, de la que se aprovecha el demonio para hacer que se cometan más faltas; hay más *expansión*, y el demonio la aprovecha para introducir más *disipación*; hay más *trato entre unas y otras*, y el demonio lo aprovecha también para que *se falte más á la caridad*.

No haya en el recreo diversiones que degeneren en puerilidades, ni chanzas inconve-

nientes, frívolas ó de doble sentido, ni esas chocarrerías que huelen á rusticidad. Por el contrario, procura reprimir los chistes que podrían ofender, ó la respuesta picante que humillaría á una compañera; no salga de tus labios ninguna expresión que te dicte el deseo de ser aplaudida y pasar por lista; trata más bien de callar que de ser mordaz, importuna, burlona, maliciosa; pero no estés muda por enojo, *displiciente* por capricho, *taciturna* por orgullo ó desprecio.

MORTIFICACIÓN DEL PORTE EN GENERAL

El porte de una religiosa debe ser siempre *digno*, y esta dignidad no se conserva sin mucha vigilancia y sin algún trabajo, porque el demonio sabe el provecho que puede sacar de una postura muelle, indolente, sensual.

Ya estés sentada, en pie, de rodillas, tendida en la cama, no olvidés nunca que Dios te ve.

¡Oh! Si pudieras ver al Angel de tu guarda que está siempre á tu lado y te sigue con la vista aun en medio de las más espesas tinieblas, ¿no es verdad que te mostrarías siempre reservada, sin tener jamás de qué avergonzarte?

De desear sería que, si como lo hacía aquel amigo de san Francisco de Sales, trataran de sorprenderte cuando estás sola, te encontrasen siempre grave, serena y con la más escrupulosa modestia.

II

Mortificación de las inclinaciones.

MORTIFICACIÓN DEL DESEO

El *deseo* sostiene al alma en sus penas, la anima en su trabajo, la reanima en sus desfallecimientos y es el estímulo de la voluntad; el Espíritu Santo alaba al *hombre de deseos*, y nadie ha conseguido la perfección de una ciencia ó de un arte sino impulsado por un *ardiente deseo*.

Desead mucho, desead ardentemente y tened por divisa esta palabra de los santos que aspiraban siempre á estar más y más unidos con la voluntad divina: ¡*Más! ¡Más!* Empero tened cuidado que vuestros deseos no se queden en simples *deseos*, y se os vaya todo en proyectos quiméricos, que jamás llegan á realizarse, porque en este caso, según las palabras del Espíritu Santo, *los deseos matan*. Matan, porque paralizan nuestras facultades y sólo dan vida á la *imaginación*; de donde se sigue que si la religiosa no sabe dominarlos, desea *poseer lo que no tiene, vivir en otra casa, desempeñar otro empleo que el que la obediencia le ha impuesto, tener por compañera á tal hermana que le es simpática en vez de tal otra que se le ha dado*.

Estos deseos son á manera de *juguets* con que nos entretiene el demonio para apartarnos del deber.

Guardaos, pues, y examinad bien todos vues-

tros deseos; si el deseo que nace en vuestro espíritu tiene por objeto una *cosa mala*, ahogadlo en seguida; si es *cosa indiferente*, y que no os ha de impedir el cumplimiento de algún deber, santificadle en este caso, enderezándole á un fin bueno. Si el deseo es de *cosa buena en sí misma*, pero apétecida con *demasiado ardor*, moderadlo, y no lo alimentéis sino en cuanto sirva para haceros más piadosos, más caritativos, más dispuestos á sacrificaros.

¡Oh! Cuánta sabiduría encierran estas palabras de san Francisco de Sales: «*Yo deseo pocas cosas; lo que deseo lo deseo muy poco, y si pudiera volver á nacer todavía desearía menos.*» Y deseaba, sin embargo, deseaba amar á Dios con ardor; pero su deseo, reprimido por la voluntad, no iba nunca más allá de lo que *quería el buen Dios.*

MORTIFICACIÓN DE LA ALEGRÍA

La alegría, la santa alegría es la virtud ordinaria de una buena religiosa; es la atmósfera natural de las comunidades piadosas; donde ella no reina, es muy de temer que no reinen tampoco la piedad, la obediencia, la caridad. «*Dios ama al que da y se da con alegría; Dios quiere que la alegría nos acompañe siempre.*» (Tobías, vi, 2.)

La alegría es el fruto de la buena conciencia, de la paz, de la seguridad de la salvación; la alegría edifica al prójimo, aumenta el mérito de las obras, aumentando el fervor que las produce; infunde ánimo á la voluntad, que sin

ella desmayaría; disminuye las tentaciones y pone en fuga al demonio. Pero, si no la mortificamos, puede degenerar en expansiones estrepitosas, en disipación, en risas inmoderadas, en pesadas burlas; por lo cual es preciso moderar cuanto pueda tener de exagerado. «*El hombre loco*, dice el Espíritu Santo, *rie á carcajadas, el sabio tan sólo sonríe.*» Es preciso también desterrar todo chiste que pudiera ofender aun levemente á una compañera, y cualquier broma que contribuyera á humillar á alguna de las hermanas haciéndola objeto de risa.

De la alegría inmoderada saca el demonio la *disipación* que perjudica al silencio y se opone al espíritu de oración, así como las *aversiones* que empiezan á destruir la caridad.

MORTIFICACIÓN DE LA TRISTEZA

La tristeza, en general, no vale nada, ni sirve para nada; en cambio, *produce toda suerte de males.* (Eccl., III, 14.)

Inspira tedio á la oración y al trabajo.

Expone al alma á las tentaciones del demonio y la prepara para sucumbir casi infaliblemente.

Dificulta el trato de las hermanas entre sí.

Perturba el espíritu, le roba la paz, infundiéndole miedo á Dios, y á veces llega á precipitar en la desesperación.

Es preciso combatirla enérgicamente con la *oración* fervorosa y constante; con la *fuga del pecado*, que inspirará confianza en la misericor-

dia de Dios; con la *asistencia* á todos los actos de comunidad, huyendo de la soledad y del aislamiento; con la ocupación incesante que pueda ábsorber la imaginación; con la frecuente lectura de libros que expliquen y prueben la bondad de Dios; con la sagrada comunión y el amor á la Santísima Virgen.

El alma triste y abatida es semejante á un niño mal humorado y descontentadizo, que, rechazando la mano que podría sostenerle, cae y se lastima. El alma alegre y confiada, es como un niño amable y gracioso que marcha gozoso y risueño guiado por la mano de su madre.

MORTIFICACIÓN DE LA ACTIVIDAD

La *actividad* es una cualidad preciosa, y la religiosa que la posee puede prestar grandes servicios á su comunidad, porque no la arreará el trabajo, será siempre la primera en todo y arrastrará á las otras con su ejemplo; pero si la *actividad* no está mortificada por la estricta obediencia á las órdenes de los superiores, así respecto al trabajo como respecto al descanso; si no está dominada de manera que se deje, sin murmurar, cualquier trabajo empujado en cuanto se oye la campana, y se refrene el ardor que durante la oración la haría estar pensando en sus ocupaciones; si no es bastante moderada para interrumpir alguna vez el trabajo y dejar al alma algunos minutos para elevarse á Dios, esa actividad, que llega á ser febril, degenera pronto en *afán* y en *preocupación*, los dos azotes de la vida interior,

Este *afán* es el que Jesucristo condenaba en Marta, cuando le decía: «¡Marta! ¡Marta! ¡muy afanosa estás y mucho te fatigas; pero, en verdad, una sola cosa es necesaria!»

Contra esta *preocupación* quería preveniros Jesucristo, en particular á nosotros, cuando decía dirigiéndose á todos: «No os acongojéis diciendo: ¿qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos vestiremos? Vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todo esto. Buscad ante todo el reino del cielo y la justicia de Dios, y todas esas cosas se os darán por añadidura.» (Matth., vi, 32.)

El *afán* y la *preocupación* destruyen el espíritu de oración, la paz del alma, el silencio, la humildad, y disminuyen ó quitan el mérito de nuestras acciones. Producen *mucho* quizá, pero delante de Dios rara vez ese producto redundante en provecho de la persona que ha trabajado.

MORTIFICACIÓN DEL DESEO DE LUCIR

Lucir, ser estimada, apreciada, alabada, preferida, es la pasión más durable, la que influye en todo, en todas partes se halla, y siempre se muestra viva y pujante cuando ya las otras parecen extinguidas.

Se manifiesta en la capilla mientras la oración, y hasta en el momento mismo de la santa Comunión; durante el trabajo si estamos solas, y sobre todo si estamos acompañadas; cuando andamos, hablamos, nos vestimos y hasta cuando *nos confesamos*, que es precisamente cuando más deberíamos humillarnos.

«No he conocido persona, dice san Francisco de Sales, que no diese alguna vez muestras de su propio juicio, excepto dos, que, según ellas mismas me confesaron, no le tenían.»

¡Ah! Cuánta *vigilancia* es menester para ahuyentar esos pensamientos de amor propio que por todas partes nos asedian, y reprimir esa propensión á hablar y obrar con el fin de que nos vean, ó á lo menos para poder decir: *¡Qué bien lo hago!* ¡Cuántas *oraciones* hay que dirigir á Dios para pedirle la inteligencia de estas palabras de san Juan Bautista: *Es conveniente* que á mi alrededor mis compañeras *crezcan* en sabiduría y en reputación, y que *yo disminuya*; y de esta profunda máxima de la Imitación: *Aprende á ser despreciado y tenido en nada.*

Cuánta paz hemos menester para no correr nos de haber soltado una majadería que nos hace pasar plaza de bobas, ignorantes, indiscretas, desavisadas; para sufrir una humillación pública, y para no desalentarnos después de cometer una falta.

MORTIFICACIÓN DE LA IRRITABILIDAD

La *irritabilidad* es hija del orgullo: el demonio la llama *delicadeza*; produce rozamientos casi continuos y da por resultados: *el malhumor, el enojo, el rencor, la antipatía y hasta la cólera.*

Labra la desgracia de la religiosa que no sabe dominarla, y para esto se requieren esfuerzos generosos y casi continuos.

¿Adviertes que te lastiman, que menosprecian y contradicen tus ideas y afectos? A sabiendas y voluntariamente no te des por ofendida, haz por sonreírte: al principio se te hará de mal, y te costará mucho trabajo: pero poco á poco y con la gracia de Dios irás venciendo.

Desiere al dictamen de los demás. Doblégate á cualquiera exigencia que te contraría: *Perdona* la palabra ó acción que te ha humillado. *Haz un favor*, ó mejor todavía, *pide un favor* á tal hermana que te es antipática. *Permanece* de intento al lado de otra cuya manera de obrar ó hablar te horripila.

Un mes de ese ejercicio producirá notable mejora en tu carácter.

III

MORTIFICACIÓN DE NUESTRAS FACULTADES

Nuestras facultades pueden sernos también ocasión de rudo combate, á causa del desorden y otros males que en ellas introdujo el pecado.

Antes de entrar en comunidad la religiosa ha pasado algún tiempo en el mundo.

Puede suceder que por gracia especial de Dios haya vivido recogida entre las benditas paredes de algún colegio, ó en el santuario de una familia cristiana, en donde *la memoria, la imaginación, el corazón*, preservados de los malos ejemplos, consejos perniciosos y lecturas inmorales, se han conservado casi inocentes. ¡Dichosa esa alma privilegiada! Indudablemente tendrá que *combatir*, pues el demonio le

presentará al vivo *deseos profanos, imágenes frívolas y aun sensuales*; pero en esos deseos é imágenes, horribles á su inexperiencia, no habrá para ella los mismos *peligros* que habría para otras menos afortunadas.

Porque sucede con frecuencia que la religiosa, antes de entrar en comunidad, ha vivido en medio del mundo y de la vida del mundo, recibiendo sus influencias y empañándose, quizás á pesar suyo, del espíritu del mundo....., y entonces, aun cuando no lo haya amado, al entrar en la casa adonde va á refugiarse contra los peligros que le ponían espanto, lleva consigo *recuerdos* que serán para ella semillero de combates.

1.º *La memoria* le recordará mil bagatelas y frivolidades: *deseo de agradar, de adorno, de palabras lisonjeras*, que quizás amó en otro tiempo, ó que, cuando menos, han pasado por su pensamiento, empañándole por un instante. Y aunque es verdad que ha renunciado á todas esas vanidades, aun están vivas en su espíritu. Le recordará también las personas que ha conocido; los placeres, inocentes sin duda, pero halagüenos, de que disfrutó en su juventud; las tertulias y saraos en donde la agasajaban y adulaban. Sabe que tiene obligación de apartar todas esas *imágenes* de cosas materiales y esos *recuerdos* vanos é inútiles..... Pero, ¡ay! ¡no siempre es fácil conseguirlo!

2.º *Su imaginación*, compañera y cómplice de la memoria, embellecerá todo lo que ésta le presenta, dando á los recuerdos ciertos encantos que en realidad no tenían. Y como el

espíritu fácilmente se deja llevar de todo lo que le agrada, comparará las dulzuras de la vida de familia con las privaciones diarias de su vida actual; los placeres del mundo con los sacrificios de la vida religiosa; la libertad de que gozaba con la sujeción de la regla; la abundancia que la rodeaba con lo estrictamente necesario que le impone la pobreza. Se verá obligada la religiosa á rechazar con energía todas esas imágenes tan seductoras y tenaces por sí mismas, y no lo conseguirá sino á fuerza de oraciones y de aplicación asidua á todos sus deberes, aun á los más insignificantes.

3.º *El juicio*, arrastrado y cautivado por la imaginación, le hará ver las cosas á la falsa luz con que se le presentan: las de lo pasado, llenas de *encantos* y atractivos; las de lo presente, *monótonas, severas, insoportables*.

El juicio, falseado por el amor propio, la inducirá á sobreponerse á sus compañeras, á contemplarse con vana complacencia, á tratar de saber mucho so pretexto de ser más útil.

Así, pues, la religiosa se verá obligada á meditar frecuentemente al pie del crucifijo las bondades de Dios para con ella, el abismo de donde acaso Dios la ha sacado, las gracias de preservación de que ha sido objeto, y las humillantes caídas de que no está libre si Dios no la tiene de su mano.

4.º *La voluntad* será fácilmente arrastrada por el amor á la libertad y á la independencia; por el apego á las criaturas y á las cosas temporales; por el deseo de gloria, de estimación y afectos humanos. Tendrá, pues, la religiosa

obligación de velar particularmente *sobre su corazón*..... ¡Oh! ¡pobre corazón, si no lo rodea de precauciones, de reserva, de modestia; si no está muy alerta para reprimir los sentimientos afectuosos que á veces se desbordan con ímpetu irresistible; si no vigila para cerrar la entrada á todo afecto sensual! ¡Cuántos disgustos le ocasionará, cuántas inquietudes, remordimientos, combates, caídas humillantes quizá, de que sólo él será la causa!

ARTÍCULO SEGUNDO

Luchar.

Luchar es ponerse frente á frente con un enemigo; es resistir á sus ardidés, ataques y furor; es intentar derribarle, vencerle, dominarle.

Luchar es obrar como el padre Ravnigan, quien, dando cuenta á sus superiores del fruto de unos ejercicios, escribía: «*Eramos dos; he arrojado al otro por la ventana y me he quedado solo.*» Así obran los hombres de corazón y de fe; así deben obrar todas las almas consagradas á Dios. La medida es enérgica indudablemente, y no se satisface con una *voluntad de deseos y de imaginación*, que parece querer pero que en realidad no quiere; ni con una *voluntad pasajera*, que hoy quiere y mañana no quiere; ni con una *voluntad cobarde*, que retrocede y se desconcierta ante el menor obstáculo. Voluntades de este género no son las que agradan á Dios. Para formar una verdadera religiosa se

necesita una *voluntad generosa, firme y decidida*, que triunfe de todos los obstáculos, que á lo menos haga por conquistar el cielo lo que todos los días hacen los del mundo por las cosas de la tierra. Despertad vuestros recuerdos, y con seguridad recordaréis alguna persona que antes era pobre y ahora es rica. ¿Por qué?..... *Porque quiso.* Otra de humilde nacimiento que ha conseguido grandes honores. ¿Por qué? *Porque quiso.* Contemplad en el cielo á aquella santa, elevada en gloria alta, muy alta, entre otros santos; tenía las mismas debilidades que nosotros, ¿cómo, pues, está tan cerca de Dios? *Porque lo quiso.*

La voluntad crea á los héroes, hace á los sabios, forma á los santos.

¿No queréis ser santas?.....

Luchar es el compendio de estas palabras aplicables á todos los trances de la vida, y que deben ser la divisa de toda religiosa: *obrar contra, es decir, avanzar á pesar de todo.*

Obrar *contra la salud*, cuando nos preocupa.

Obrar *contra el deseo de saber*, cuando nos aparta de la oración.

Obrar *contra la estimación de los demás, sobre todo de las personas del mundo*, cuando nos sirve de obstáculo para la humildad.

Obrar *contra las inclinaciones del corazón*, cuando nos enervan.

Obrar *contra el afán de noticias*, cuando nos turban.

Por lo demás, *la lucha será fácil, y segura la victoria*, si tomamos precauciones; si estamos siempre apercibidos; si nuestros sentidos

mortificados, como hemos dicho, no ofrecen presa al demonio; si nuestras *pasiones*, aun las que parecen tranquilas, útiles y necesarias, están reprimidas dentro de los límites del deber y acostumbradas á cumplir la ley de Dios; si nuestras *facultades* están moderadas por la prudencia y dirigidas por un director sabio y celoso, á quien nos sometemos generosamente, y refrenadas por el temor de Dios.

Sí, la victoria es segura, y os la prometemos en nombre de Jesucristo, que combatirá con vosotras, religiosas fieles; mas tened presentes estos consejos:

Luchad con calma. Dicen los santos que el demonio hace al principio más ruido que daño, y, como dice santa Teresa, teme á las almas resueltas, y cede muy pronto á las que le resisten con denuedo. El desprecio es un medio muy bueno para rechazar la tentación: á veces basta para hacerla desaparecer una ocupación material que absorba el espíritu y lo aparte de la imagen que le presenta el demonio. ¿Cuántas veces se han disipado las más violentas tentaciones contra la santa virtud, sólo con distraerse en arreglar la celda, barrer con esmero la capilla ó una galería, cambiando de sitio, subiendo ó bajando una escalera, trabajando unos minutos en el jardín, haciendo, si es posible, una visita al Santísimo Sacramento ó á la superiora para pedirle algún permiso. Por regla general, es mejor en ese caso la *distracción* que *el combate directo*.

Luchad con confianza. Dios está cerca y es testigo del combate que sostenéis por man-

teneros fieles á su ley; está con vosotras, animándoos con su presencia, fortificándoos con su gracia, y midiendo, según el temple de vuestras fuerzas, los tríos de la tentación; está con vosotras para curar vuestras heridas y para manifestarse en el momento que le llaméis. Recordad, sin embargo, que la *base* de vuestra confianza debe ser la convicción de vuestra *flaqueza*; *¡sin Dios no podéis nada, nada!*

Luchad con constancia. No os turbéis porque sea larga la tentación: «Por muy larga y ruda que sea, dice san Francisco de Sales, no os hará malquistar con Dios mientras vosotras no la queráis ni la consintáis. Mientras os desagrade no tenéis nada que temer; ¿por qué os desagrada, sino precisamente porque no la queréis? Sobre todo, no os turbéis ni por vuestras flaquezas, ni por vuestras caídas; cuando caigáis, pensad que es porque no habéis desconfiado lo bastante de vosotras mismas, por no haber recurrido á Dios contando con El. Levantaos pronto, humillaos y acercaos más á Dios por medio de la oración y de la mayor exactitud en el cumplimiento de vuestros deberes. ¡Oh, almas queridas, consagradas á Dios, almas queridas que pertenecéis á Dios y á quienes Dios pone á prueba para obligaros á manifestarle mejor vuestro amor: conservaos *humildes, pequeñas, desconfiadas de vosotras mismas, cautas, confiadas en Dios.....* y cantaréis victoria!»